

jaba, en efecto, por resolver ciertos problemas submarinos, cuya solución, a su juicio, pronto había de hacer imposible toda guerra marítima. En consecuencia, añadió que si iba a buscarle con el propósito de hacer la guerra, podía irme con mis millones. Pero *si Edison es un gran pacifista, yo soy un gran filántropo*, y acabé por entenderme con uno de los principales ingenieros de su casa... Perdón, señoras; ¿quieren ustedes encender un cigarrillo?

Las damas aceptaron con presteza. En cuanto a mí, sentí que me ahogaba la frase: *¡el capitán Hyx un filántropo!*

XVII

Visión sobre el abismo.

AQUELLO fué más fuerte que todo: no pude contener la palabra que, repelida por mi boca, estalló: ¡Un filántropo!...

Todos se quedaron mirándome. Yo sentía pesar sobre mí la irritación creciente de nuestro huésped. Esperé una réplica fulminante; pero no hubo tal cosa. El capitán Hyx, poniendo fin a la conversación, dió una breve orden a consecuencia de la cual el famoso tapiz de la Victoria de Ruyter se alzó como un telón, tras lo cual un maravilloso espectáculo desfiló ante nuestros extasiados ojos.

Acababa de hacerse maniobrar las planchas del casco del *Vengador*, y ya no estábamos separados de las profundidades submarinas nada más que por un inmenso cristal ovalado, contenido en potentes armaduras de cobre.

La electricidad había atenuado su resplandor en el salón, y el océano se nos apareció bajo la intensa irradiación de una luz prodigiosa.

—La luz fría de nuestros proyectores—exclamó detrás de nosotros el capitán Hux mientras nosotros nos precipitábamos contra el cristal como insectos incapaces de resistir a la atracción del foco que va a consumirlos... —Otro invento francés que sólo los alemanes han sabido utilizar—continuó—. Ellos la emplean a bordo de sus zepelines. A mí me sirve para iluminar mi camino bajo el agua. Mientras que todos los submarinos germánicos navegan como malhechores que no pueden vivir sino en las finieblas, en el seno de una obscuridad profunda, yo llevo conmigo la claridad hasta el fondo del abismo...

—¿Y estos cristales pueden resistir?—suspiró de angustia a la vez que de asombro mi bella Amalia.

—¡A presiones formidables! Por lo que a esto respecta, el capitán Nemo tenía razón. Y nuestros ingenieros modernos no han hecho más que superarle... ¿No decía que en los experimentos de pesca con luz eléctrica realizados en 1864 en medio de los mares del Norte se habían visto planchas de cristal, que teniendo solamente siete milímetros de espesor, resistían una presión de diez y seis atmósferas, aun dejando pasar potentes rayos? Y los cristales del *Nautilus* tenían veintidós centímetros de espesor en el centro, es decir, treinta veces el espesor en cuestión. En cuanto a los míos, tienen cincuenta veces ese grueso...

—¿Y pueden ustedes descender?...

—¡Oh! ¡Podemos permitirnos sumersiones que

usted no podría sospechar!... ¡En eso radica mi fuerzal... ¡La fuerza de poder ir adonde quiera, de tener por dominio el espacio prohibido a todos los demás..., a todos los demás, que no osan, que no pueden descender, a causa de la presión del agua, a más de cincuenta, sesenta-setenta metros!... Yo, cuando se cierran todas las planchas con una triple coraza de acero Edison, reunida por las T y las X, armadura que nada puede plegar, y con mi sistema de "cojines sucesivos de aire comprimido de potencia desigual", ¡entonces puedo descender a tanta profundidad como la sonda!

Palabras formidables que yo no creí y que me parecieron dictadas por el orgullo; pero que encontré excusables ante el espectáculo que se nos ofrecía.

Admitiendo que el *Vengador* pudiera descender a dos o tres mil pies, esto me pareció ya magnífico y absolutamente suficiente.

En aquel momento solamente nos encontramos, al parecer, a unos trescientos metros bajo el nivel del mar; navegábamos a muy poca marcha por entre un verdadero banco de atunes. Los innumerables movimientos de aquel rebaño marino, su terror, su aturdimiento, le hacían reflejar en millones de rayos la luz que le hería. La espalda de aquellos peces enormes, matizada de ese azul subido que toma el acero bruñido, sus vientres argentados, lanzaban desellos que se cruzaban de la manera más singular con flechas de sombras igualmente rápidas.

Algunos de aquellos animales, los menores de los cuales tenían sus dos metros de largo, se acercaron hasta nuestro cristal entreabriendo sus voraces fauces y nos miraron con sus grandes ojos redondos, brillantes, inmóviles y pérfidos.

De pronto el enorme rebaño pareció presa de vértigo. Se dispersó en varios batallones que rodaron locamente unos sobre otros. Un monstruo era la causa de aquel pánico. Se deslizaba por entre ellos, con el vientre al aire, abriendo una boca espantosa; todos nosotros le reconocimos: ¡era un fiburón!

Entonces retrocedimos lanzando un grito: el animal podía tener diez metros. ¿No podría destrozar de un coletazo el cristal que nos separaba de él?

¿Fue debido a este temor? ¿O es que el capitán Hyx se apiadó de nuestra emoción? Lo cierto es que oprimió un botón eléctrico e inmediatamente las planchas interiores se cerraron como párpados de acero sobre el globo de nuestro prodigioso ojo de cristal.

Entonces nos encontramos en una semiobscuridad; yo creí que inmediatamente se nos devolvería el resplandor de la luz eléctrica; pero el capitán nos pidió que no nos moviéramos.

—¡El espectáculo no ha terminado!—dijo.

Casi al mismo tiempo oímos una explosión y no tuvimos tiempo de preguntar la causa de ella, pues los párpados de acero volvieron a abrirse y las aguas luminosas reaparecieron.

¡Pero ahora estaban enrojecidas!

Hubiérase dicho un mar de sangre, en el que se extendía, sacudido por los últimos temblores de la agonía, el animal que nos había aterrorizado unos segundos antes y que había hecho huir, presa de un espanto sin nombre, a toda la población acuática.

El vientre del animal no era ya más que un horrible guiñapo destrozado; por la enorme herida se le salían las entrañas.

—Un pequeño obús de mis ametralladoras submarinas ha saldado las cuentas al señor —dijo el capitán Hyx con una leve risa satisfecha.

Y acariciándose la barbilla, que, como ya he dicho, la tenía algo rellena, añadió:

—¡Oh, también a los monstruos les llega su hora!

Hubo un silencio y luego prosiguió:

—Este no era uno de los menos temibles. Su fuerza debía de ser formidable. Y en cuanto a su velocidad, ¿no saben ustedes que se ha calculado que un fiburón de ese tamaño y esa fuerza no tardaría más de treinta semanas, marchando noche y día, en dar la vuelta al globo?... Y es que presenta una insensibilidad tan completa a la fatiga, que a algunos se les ha visto seguir a navíos de Europa a América, dando mil vueltas, pero sin soltarlos un minuto. Fíjense en su boca. ¿Han visto ustedes qué boca? El contorno de esa boca suele ser igual a la tercera parte de la longitud del animal... ¡Tres metros de circunferencia de la boca para un animal de diez metros!

Es como para hacer soñar a los mayores apetitos de la tierra. ¿Y los dientes? Dientes triangulares, agudos, cortantes, en sierra... Seis hileras de dientes en el adulto. ¡Qué dentadura! No las fabrican aún como éstas en la Friedrichstrasse! Una piel capaz de rechazar las balas (¡un escudo ideal para los caballeros del Rhin!), una voracidad insaciable, una audacia que nada infimida, la ferocidad del tigre, la fuerza del cachalote: ¡tal es el tiburón, terror de su universo! Pero llega un momento, sin embargo, en que sobre los restos del monstruo se canta el oficio de difuntos...

Estas últimas palabras habían sido pronunciadas con una voz tan sorda y retumbante, tan inesperada en un hombre que más bien tenía la palabra almibarada; con una voz, en fin, tan obscuramente amenazadora, que Amalia y yo nos lanzamos una de esas miradas en las que nuestra doble angustia, separada un instante, volvía a encontrarse por entero. Decididamente, ¿es que este hombre tan atento no había invitado a Amalia nada más que para divertirse causándole miedo?

Pero de pronto se cerraron bruscamente las planchas, poniendo fin al espectáculo del mar ensangrentado; las luces volvieron a iluminar el interior del salón, y de nuevo sonó dulcemente la voz encantadora y persuasiva del capitán:

—Señoras, querido señor Herbert de Renich, yo no puedo negarles nada, y puesto que la señora almiranta me ha hecho el honor de expre-

sar este deseo, visitemos todo el navío, como ella quiere.

Yo me apresuré a acceder. Cuanto mejor conoce uno su cárcel, más probabilidades tiene de poder dejarla.